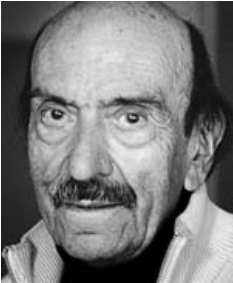


Agustí Duran i Sanpere: retrato intelectual

Ana Portnoy



TEXTO **Josep M. Muñoz Pujol**
Escritor

● “Nadie lo habría sospechado y, no obstante, fue así”. Tal como explica Duran i Sanpere, las obras de la placita de Sant Iu, a la sombra del campanario de La Seu, proseguían con esmero y seriedad, dos virtudes típicas de su mayor pasión. Las obras descubrieron estancias, pavimentadas con mosaicos, que parecían haber formado parte de palacios; y en las paredes había inscripciones dedicadas a patricios de la antigua colonia romana, capiteles y fragmentos de columnas que evocaban una ciudad, quizá opulenta. Las obras lo obligaban a estudiar sin sosiego los libros y a recurrir a los expertos y a todas las teorías disponibles que se iban sucediendo, una tras otra, para esclarecer la historia más antigua de la ciudad que emparentaba el monte Tàber barcelonés con las siete colinas de Roma. Nadie hubiera sospechado que en medio de tan gloriosas ruinas destacarían unas piedras humildes, cuyo descubrimiento se disponía a publicar Duran i Sanpere, para quien ninguna piedra era humilde, ningún vestigio o documento podía ser olvidado y cualquier testimonio merecía ser apreciado: esta pasión marcó su vida. Por ella renunció a ser un gran historiador académico y se dedicó en cuerpo y alma a la investigación y a la acción. Y precisamente gracias al ejercicio de la praxis archivística y arqueológica y a la publicación se convirtió en el mayor conocedor de la realidad concreta y, por tanto, en constructor de la memoria ciudadana recogida con sensibilidad de historiador humanista.

Existe documentación que acredita que la familia de la que procedía, por línea paterna, había residido en Cervera al menos desde el siglo XVII. Se trata de una saga que, a finales del siglo XIX, destacó en el campo del derecho: el abuelo de Agustí Duran i Sanpere fue profesor de derecho en la universidad cerverana (1840), y su padre, Agustí Duran i Farreres (1849-1914), también abogado, fue registrador de la propiedad en Cervera desde 1881. La casa natal de Agustí Duran i Sanpere, en la actualidad propiedad municipal, ha sido convertida en sede del Museu Comarcal de Cervera.

Duran se inició en el mundo de la archivística en Cervera organizando su archivo municipal. Gracias a su gestión ganó el concurso convocado en 1914 por la Sección Histórico-Arqueológica del Institut d'Estudis Catalans. Éste fue su primer contacto con la entidad. El segundo, tuvo lugar en 1917, cuando colaboró en la constitución del Servicio de Investigaciones Arqueológicas e inició la práctica arqueológica en Sidamon (el Segrià) y en el barranco de la Valltorta (el Maestrazgo). La experiencia archivística acumulada en Cervera le sirvió para ganar, en 1917, el concurso para la plaza de archivero municipal en Barcelona.

ARCHIVERO EN BARCELONA

La democracia municipal era un sistema desconocido hasta entonces, cuando los alcaldes de Barcelona eran cargos de confianza nombrados por Real Orden y, por tanto, individuos sin poder moral, de un prestigio mínimo y una estabilidad política precaria. En consecuencia, los proyectos culturales interesaban a muy pocos o a nadie, pero los concejales elegidos en 1915, en un momento histórico inédito, necesitaban imponer una nueva dinámica y un sistema democrático. Aunque el partido más votado en las elecciones generales había sido el de los lerrouxistas, que proclamó unos alcaldes dotados de robustas ignorancias –la más palmaria, la relativa a los museos y a los archivos–, una Comisión Municipal de Cultura, recientemente nombrada y creada en 1916 con profunda significación catalanista, inició una labor decisiva. Esta comisión estaba animada por el espíritu de los fundadores y el concejal Jaume Bofill i Mates, que formaba parte de ella, demostró una gran capacidad de administración y de formulación de programas. Por si esto fuera poco, contaba con el mejor secretario técnico de aquella “santa casa”, el señor Manuel Ainaud, para cumplir con los proyectos, entre los que se encontraba la Oficina de Investigaciones y de Publicaciones.

Desde el primer momento, Duran, que quiso crear un archivo moderno para poner un poco de orden en el desbarajuste con el que se encontró, exige, en primer lugar, unificar todo el material disperso por las diferentes dependencias de las casas consistoriales de la ciudad y, en segundo lugar, controlar cualquier otro depósito en el que hubiera deficiencias de conservación; unas medidas que nadie se había atrevido a proponer con anterioridad, a pesar de que era de todos conocido que existían partes importantes del patrimonio que se estaban degradando en archivos desordenados. Jaume Bofill i Mates e Ignasi de Janer apo-



J.M. Sagarra / AHCB-AF

Arriba, la plaza del Rei en 1931. Junto a estas líneas, Pere Bosch i Gimpera, que apoyó los primeros pasos de Duran en la investigación arqueológica de la ciudad, durante una visita a Empúries en julio de 1936. En la página siguiente, la Junta de Museos visita el Palau Nacional durante su adecuación como museo (8 de noviembre de 1931), y Joaquim Folch i Torres, director de los museos de la ciudad, junto al teniente de alcalde Lluís Massot y Manuel Ainaud, durante una conferencia a los alumnos de las escuelas municipales (11 de mayo de 1930).



Pérez de Rozas / AHCB-AF

“Con su pericia para identificar, resolver y exponer los descubrimientos, Duran se granjeó un sólido prestigio. La primera exploración sistemática de la plaza del Rei, entre 1931 y 1934, es un ejemplo de su excelente labor”.

yaron la propuesta. No obstante, la intervención de ambos tuvo un aspecto curioso: Ignasi de Janer, secretario técnico, se encargó de poner la imaginación y el sueño, y Jaume Bofill, poeta, redactó un proyecto concreto y estructuró una administración adecuada en la que pudiera sustentarse. Entonces, organizó el traslado de la documentación anterior a 1714 del Ayuntamiento a la Casa de l’Ardiaca, que abrió sus puertas en 1921 con el nombre de Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona. Más allá de la labor que desempeñaba en el Archivo, Duran intervino en 1929, con motivo de la Exposición Universal, en la organización de un pabellón que sería un primer ensayo del futuro Museu d’Història de Barcelona. En el año 1932, el Servicio de Investigaciones Arqueológicas del Institut d’Estudis Catalans estaba llevando a cabo la exploración de un poblado ibérico en la colina de la Rovira. Duran, desde el Archivo y excediéndose en sus atribuciones, seguía de cerca las investigaciones y pronto se decidió a intervenir directamente. Él mismo lo explica de este modo: “Se constituyó una Junta, a semejanza de la antigua Junta de Museos que presidió Puig i Cadafalch, de la que yo fui secretario, con representantes de la Generalitat y del Ayuntamiento. Yo era también el director del Museo, con lo que se solucionó el problema de su sede. El Estado nos cedió los materiales de la Barcelona romana del antiguo Museu Provincial que, una vez inventariados, fueron trasladados a Montjuïc.” Duran, convencido de que en la arqueología urbana de la ciudad de Barcelona quedaba mucho camino por recorrer y contando con el apoyo de su amigo y maestro Pere Bosch i Gimpera y del consejero Bonaventura Gassol, comenzó a intervenir en ese terreno. Es verdad que se exponía a ser acusado de intromisión, pero no fue así, y, desde la plataforma que le ofrecían el Archivo, el Museo y, también, la Reial Acadèmia de Bones Lletres, se le permitió intervenir de lleno en las investigaciones arqueológicas urbanas como asesor y artífice. En su actitud de modestia frente a la incertidumbre que provoca cualquier hallaz-

go, tenía presente el lema clave para un investigador: a través de una serie de errores evidentes encontraremos una verdad probable.

A pesar de la dictadura, para no ser considerado basto, don Darius Rumeu, el alcalde, pensando que había que hacer algo para que no se dijera que eran unos ignorantes con respeto a la arqueología urbana, confió la investigación a Duran, un arqueólogo aficionado y, como mucho, rural, que, no obstante le merecía una indudable confianza desde el punto de vista personal. Y no se equivocó. La vocación de Duran era tan fuerte que ninguna autoridad posterior –y hubo muchas– se atrevió a trasladarlo, cosa que debían desear los ingenieros municipales y, no hace falta decirlo, los contratistas de obras. Con su pericia para identificar, resolver y exponer los descubrimientos se granjeó un sólido prestigio que los alcaldes respetaron.

La primera exploración sistemática de la plaza del Rei, que tuvo lugar entre 1931 y 1934, se considera un ejemplo puntual de la excelente labor que realizó. “La obra decisiva que permitió la fundación del Museu d’Història provino del azar y de una decisión acertada. A raíz de la urbanización derivada de la Via Laietana, en la calle Mercaders había una casa condenada al derribo: la Casa Padellàs. La desmontaron y enumeraron las piedras con la esperanza de poder reconstruirla en algún paraje más adecuado de la ciudad y, dado que, en la plaza del Rei, el derribo de unas casas sin estilo había dejado un hueco que debía cubrirse para mantener el carácter recogido de la placita, fue una gran suerte que las medidas de la Casa Padellàs y las del hueco de la plaza del Rei coincidieran. Así pues, se tomó la decisión y, a la vez que se salvaba un edificio representativo, se devolvía a la plaza el aspecto que le correspondía.” Mientras tanto, el Arxiu Històric de la Ciutat solicitó la autorización y la consignación necesaria para estudiar su subsuelo, donde, dada la proximidad con la muralla romana, era posible encontrar restos esclarecedores de la organización urbana que tenía la ciudad de los primeros siglos



J. Domínguez / AHCB-AF



J. Domínguez / AHCB-AF



Pérez de Rozas / AHCB-AF

de la era cristiana; pero la respuesta de las autoridades municipales, formulada entre dudas e intrigas, fue negativa, y, sin definición oficial, comenzaron las obras de cimentación de la casa objeto del traslado, proyectadas a ciegas y con intención apresurada. Pronto crecieron implacables unos anchos muros de hormigón, que luego hubo que derribar. Mientras duraban las obras de la plaza del Rei, se tuvo que verificar el estado de los cimientos de la capilla de Santa Àgata porque se había desplomado la torre del campanario. Aprovechando los trabajos de excavación obligados por las investigaciones, fue posible estudiar, en 1934 y 1935, buena parte del subsuelo de la plaza, pero la guerra obligó a rellenar las excavaciones para protegerlas, pues había tareas más urgentes.

EL SALVAMENTO DEL PATRIMONIO DOCUMENTAL

El inicio de la Guerra Civil supuso unas nuevas directrices. Había que salvar todos los archivos públicos y privados y, en especial, los eclesiásticos, que eran los que, en aquel momento, corrían más peligro. En junio de 1936, Duran había sido nombrado jefe de la Sección de Archivos del Servicio del Patrimonio Histórico, Artístico y Científico de la Generalitat de Cataluña. Una vez iniciada la guerra, un decreto del 9 de agosto ponía a disposición de la Generalitat toda la documentación catalana anterior al siglo XIX. Duran asumió, así, durante la guerra, entre 1936 y 1939, la responsabilidad de salvar el patrimonio documental catalán, mientras Joaquim Folch i Torres hacía lo mismo con el fondo artístico, y Jordi Rubió i Balaguer, con las bibliotecas. En un primer momento, se evitó que continuara la devastación mediante la incautación y protección de los fondos archivísticos locales en las propias localidades, pero, a partir de 1937, a causa de los bombardeos, la mayoría de los archivos catalanes fueron trasladados a Viladrau para mayor seguridad.

La extraordinaria operación —a la vez que aventura— de salvaguarda exigía el traslado de estos archivos y, para llevarlo a cabo, habrían sido nece-

“En la posguerra, Duran fue sometido a depuración y a un consejo de guerra sumarísimo. La acusación se basaba en su actividad para salvar los archivos y por haber salido al extranjero en tres ocasiones”.



Pérez de Rozas / AHCB-AF

sarios unos 3.000 camiones. Sobra decir lo difícil que resultaba encontrarlos en un país en guerra, con carreteras llenas de convoyes militares y con restricciones de gasolina. A la hora de la verdad, sólo se disponía de dos grandes camiones. La incautación permitió hacer un inventario general aproximado de los materiales (15.000 metros lineales de documentos y más de 150.000 pergaminos enrollados que fueron cuidadosamente planchados). Evidentemente el conocimiento que Duran —al igual que su equipo de expertos— adquirió de los fondos documentales catalanes durante la guerra significaría para él una base esencial en su formación como historiador. Y no sólo para él: Pierre Vilar explica cómo se sirvió de una documentación imprescindible que había sido arrebatada del fuego y de la incuria.

LA DEPURACIÓN Y LA POSGUERRA

En la inmediata posguerra, Duran, que decidió quedarse en Barcelona, fue sometido a la depuración como todos los funcionarios y, al mismo tiempo, a un consejo de guerra sumarísimo (uno de los primeros que se celebraron en Barcelona). La acusación se basaba en su actividad para salvar los archivos y por haber salido al extranjero en tres ocasiones y haber vuelto a Barcelona. Los numerosos informes favorables no evitaron que fuese llevado a juicio ante un tribunal militar, pero la sentencia fue absolutoria. Una vez superados favorablemente el proceso militar y el posterior y normativo expediente de depuración de funcionarios, reanudó su actividad al frente del Arxiu Municipal y las actividades se fueron sucediendo.

En aquellos tiempos de vencedores y vencidos, cuando tantos de sus compañeros navegaban hacia el exilio, Duran, en Barcelona, recibió el nuevo régimen como un hecho inevitable. En 1939, la ciudad quedó en manos de un general faccioso, Orgaz, y de un gran chatarrero, don Miquel Mateu, que ejerció de alcalde y, en una de sus acertadas prime-



Pérez de Rozas / AHCB-AF

La inauguración del Museu d'Història de la Ciutat tuvo lugar en abril de 1943, durante las fiestas de conmemoración del 450 aniversario de la llegada de Colón a Barcelona. Junto a estas líneas, Duran junto a los ministros de Marina y Asuntos Exteriores. En la página anterior, a la derecha, Duran junto al alcalde Mateu y otras autoridades. En la imagen de la izquierda, el marqués de Lozoya visita el Poble Espanyol (1 de febrero de 1949).

ras decisiones, resolvió incorporar a Duran i Sanpere. No sólo le confió la dirección del Archivo y la reparación inmediata de los estragos de la guerra, sino también la reanudación de proyectos que habían quedado paralizados, como los de arqueología urbana de excavación de la plaza del Rei, iniciada y suspendida por la guerra, y provisionalmente enterrada en agosto de 1936. Así pues, Mateu lo autorizó para continuar con el gran designio de explorar y reconstruir la ciudad soterrada y sacarla a la luz. Duran, además, entró en contacto con el etnógrafo Ramon Violant y el folklorista Joan Amades, y les pidió que organizaran un museo en el recinto del Poble Espanyol de Montjuïc, un espacio que se había quedado sin ninguna función destacada. También encargó al arqueólogo Josep Colominas Roca que le buscara materiales y, sobre todo, que los documentase para el futuro museo, que tenía que ser el espacio de referencia de lo que hoy denominaríamos “parque temático” de arquitectura hispánica: el Poble Espanyol.

BARCELONISMO COMO DIVISA

Pero, ¿qué se sabe, en realidad, de la intención –en la labor pública– del archivero Duran en los años cuarenta, en una época marcada por la odiosa situación de una posguerra y de una nueva guerra en activo? Duran decide replantearse las estrategias de actuación desde los primeros días de la denominada liberación, cuando se da cuenta de que, bajo la capa del restablecimiento del orden y de la unidad, se esconde un “proyecto genocida” del que sería necesario protegerse, ya que es una situación más ardua que aquella a la que los llevó la revolución anarquista, porque ahora se tendría que luchar contra unas disposiciones dictadas por militares y por profesores, como Antonio Tovar, que “saben cómo se mantienen y conservan y cómo desaparecen las culturas”. Tendrían que luchar sin medios ni atribuciones. Tendrían que invocar un nuevo voluntarismo y activarlo. Y precisamente en esta nueva etapa, Duran decidió

que convenía encontrar complicidades, en la calle, en los ciudadanos. El medio escogido fue la radio: EAJ-1, Radio Barcelona, que en la soledad de aquellos años era la voz más esperada, la más presente, la que llegaba al comedor, a la cocina, a la habitación de costura. Duran formó un equipo, confeccionó un programa y se enfrentó al micrófono: explicó temas de historia ciudadana y, muy pronto, se hizo con una gran audiencia porque, aparte de la indiferencia general, había un número de personas difícil de precisar, pero no escaso, que, en privado, se interesaba tanto por la antigua como por la nueva historia, más por la antigua que por la nueva, demasiado espantosa y reciente todavía.

Durante los años del pan negro y de la desertización, los años de penitencia, Duran, desde el Arxiu Municipal, desde el recientemente constituido Museu de la Ciutat, desde la Reial Acadèmia de Bones Lletres, desde el Instituto Bernardino de Sahagún del CSIC, desde el Poble Espanyol en Montjuïc, desde el poder que todavía ejercía en la arqueología urbana, desde el Institut d'Estudis Catalans, desde su acción en Cervera y en Madrid, y, muy especialmente, desde la ya citada tribuna mediática en los sistemas de radiodifusión de Barcelona, ejercía un poder que fue providencial para establecer las bases de la futura estructura cultural urbana a medida de sus proyectos.

Por aquel entonces, cualquier actuación exigía tener que convencer a su amigo y adversario, el poderoso teniente de alcalde Tomàs Carreras Artau que, sin ser franquista, ocupaba la máxima responsabilidad política y técnica en el Ayuntamiento presidido y ocupado por cabales franquistas de la confianza de las autoridades militares y políticas vigentes. Y, a pesar de los intereses y el poder de cada uno de ellos, y de las animosidades surgidas, Duran consiguió que Carreras Artau se tomara como algo personal la creación del Institut d'Història de Barcelona (1943). De ahí surgió el Servicio de Excavaciones, el Museu d'Història de la Ciutat, el Museu d'Arts i Indústries Populars del



Pérez de Rozas / AHCB-AF



Pérez de Rozas / AHCB-AF



Arriba, inauguración del Museu Marès en noviembre de 1948, y el teniente de alcalde Tomàs Carreras Artau, impulsor del Institut d'Història de Barcelona en 1943. Junto a estas líneas, edición de las conferencias que Duran pronunció a través de Radio Barcelona en los años 40.

“Un aspecto que puede caracterizar a Duran es el de historiador, definidor y propagador de políticas culturales. Aunque tocó diversos campos, destacó en el del arte medieval catalán y especialmente en el gótico”.

Poble Espanyol y el Museu d’Etnologia de Montjuïc, en donde, bajo su dirección, ejercieron Ramon Violant y Joan Amades.

Un aspecto que puede caracterizar a Duran es el de historiador, definidor y propagador de políticas culturales, pero, aunque Duran tocó diversos campos, destacó en el del arte medieval catalán y especialmente en el gótico. La solidez y las novedades que aportó a la escultura y pintura góticas catalanas se exponen en su obra *Els retaules de pedra* y en *Escultura gòtica*. De este modo, consiguió comunicar su maestría a Joan Ainaud y a Frederic Pau Verrié. En el campo etnográfico, apoyado por Julio Caro Baroja y requerido por el secretario del consejo ejecutivo del CSIC, José M. Albareda, aceptó ser nombrado director de la delegación barcelonesa del Instituto Bernardino de Sahagún del CSIC y, posteriormente, director del Centro de Estudios Etnográficos Peninsulares.

Pero lo que merecería ser estudiado es por qué en muchos aspectos Agustí Duran, Tomàs Carreras y otros se comportaron como personas unidas por un espíritu que no difería mucho del que se inició con la Comisión de Cultura en 1917, respondiendo a los objetivos formulados por Jaume Bofill i Mates en la línea ordenadora del presidente Prat de la Riba, su creador, y actuaron como defensores del patrimonio, una tarea ineludible. En algunos casos, Duran tomó la iniciativa, y, como no podía ser de otro modo, Carreras fue quien autorizó el apoyo municipal a la obra. Del mismo modo, también se debió a la gestión de Carreras –a propuesta de Duran– la compra por parte del Ayuntamiento del Tinell y la capilla real de Santa Àgata para ser incorporados al Museu d’Història. Pocos años después, habilitaron el futuro Museu Marès y el Museu d’Art Modern en el palacio de la Ciutadella, redimiéndolo del oprobio.

Políticamente, era verdad que Duran había empleado mucha energía a favor de las instituciones, por lo cual podía ser acusado de colaboración con el franquismo. A medida que se imponía su obra, surgieron las críticas de los “puros”, en especial de los exiliados que lo acusaban de que, por el mero hecho de quedarse en Barcelona en sus cargos, estaba justificando la impostura. Es cierto que existía una impostura en la nueva sociedad barcelonesa. Incluso había un amable comportamiento de los vencedores basado en la supuesta buena educación del franquismo de rostro humano. También se daba una manera de construir España basada en las proféticas iluminaciones de Ortega que propugnaban algunos de sus amigos como, por citar algunos, Albareda, De Areilza, y quizá el propio Julio Caro, e indudablemente Mateu, Aunós, Escalas y Carreras.

En lo que a Duran se refiere, se le puede conceder el beneficio de pensar que, en verdad, había hecho oídos sordos a los equívocos del franquismo con el convencimiento de cuál era su deber: “Vencida Troya, quedan los troyanos... y las troyanas”. Y en estas circunstancias, la dudosa dignidad de la ciudad queda en manos de los que se queda-



30 de abril de 1952: Duran i Sanpere en una visita a las excavaciones de la ciudad romana, explicando la intervención al teniente de alcalde de Cultura, Maluquer de Motes (con gafas y camisa oscura).

Pérez de Rozas / AHCB-AF

ron: los que habían superado depuraciones, calumnias, privaciones y desposeimientos y, por si fuera poco, habían sido considerados colaboracionistas. Con todo, los que sobrevivieron y querían o podían salvar lo que parecía tan condenado, y por lo que nadie se habría tomado la más mínima molestia, eran algunos de aquellos que llevaban el espíritu de la Mancomunidad perdida.

Por otra parte, el Institut d'Estudis Catalans logró mantenerse, a pesar de la incautación de sus locales, y continuó con sus actividades, aunque reducidas; y continuaron como una muestra histórica de la voluntad de ser, de la que constituye un ejemplo el hecho de que el más comprometido con las autoridades, que era precisamente Duran i Sanpere (procesado, como ya he dicho, en consejo de guerra en 1940 y dependiente de un cargo oficial), aceptara ingresar en 1942 en el prohibido IEC, de forma consecuente con la premisa de siempre: la vida continúa.

BREVES APUNTES PARA UN RETRATO INTELECTUAL

Cuando piensa en él, su hija no lo recuerda como un hombre paciente y erudito, de despacho, aunque también lo era, sino más bien como una persona inquieta, activa, que caminaba deprisa por los caminos de la Segarra o por las calles de Barcelona. “La curiosidad era en él un elemento primordial, curiosidad por todo, tanto por las cosas de la casa, como por las de fuera. Eso le dio mucha vitalidad y una cierta inquietud. No fue un político, aunque se adentró a fondo en la política cultural; no militó en la resistencia, pero ayudaba discretamente siempre que podía y se preocupó por incluir en el Archivo de forma clandestina la propaganda política catalanista que se difundía en los años cuarenta. Fue, sencillamente, una perso-

na que dedicó su vida, y la arriesgó en más de una ocasión, al servicio de su país y procuró salvar sus raíces.”

Que fuera un historiador humanista responde a una tónica de la época que también definió a sus compañeros Jordi Rubió i Balaguer, Pere Bosch i Gimpera, Lluís Nicolau d'Olwer y Francesc Martorell i Trabal, entre otros. No se planteó como objetivo adentrarse en una época para analizar sus mecanismos internos y sus contradicciones; su obra evoca un gran mosaico de innumerables artículos puntuales que aporta, en conjunto, una lección de historia total, porque cada caso que estudia sabe insertarlo en su contexto, valorar todos los factores y pasar de lo anecdótico a lo universal.

El retrato quedaría inconcluso, si no se tuviera en cuenta el carácter divertido e irónico que le caracterizaba ya desde su dorada juventud, apropiado para compensar la gran exigencia y la dureza impuesta, en primer lugar, por Prat de la Riba —la sensatez ordenadora— y, después, por Puig i Cadafalch. Sería conveniente estudiar el peculiar humor barcelonés de elite que no tenía nada de madrileño y mucho menos de inglés. Un humor contrario a la chabacanería, a los excesos, a la confusión o a la insostenible vulgaridad a la que tienden algunos catalanes. En ocasiones, ellos tendían a la sobreactuación novecentista, como lo demuestra el modo en que uno de sus amigos, Nicolau d'Olwer, comenta la ausencia de Duran a causa de las excavaciones: “Cerverano indicador de prehistorias leridanias; ¡malditos sean nuestros antepasados ibéricos, malditos los inventores de la cerámica; y canallas los que le han dado interés de estudio! Acostumbrado a caminar sobre alfombras, ¿qué pisas ahora como si fueras un descendiente de Indibil o Mandonio? Tú que has bebido en la delicia del jardín de Epicuro, ¿por qué nos faltas ahora?, ¿por culpa de qué —prehistórico— afán?”